



LA ÉPICA DE DON QUIJOTE: ENTRE LOS LIBROS DE CABALLERÍA Y LA NOVELA PICARESCA

DR. LUIS VALERO DE BERNABÉ Y MARTÍN DE EUGENIO,
MARQUÉS DE CASA REAL

En este año, en el que se conmemora el IV Centenario de la muerte de Miguel de Cervantes, queremos recordar el mensaje épico que nos transmite a través de las páginas de su *Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*. Inmortal obra que hace unos meses sería conmemorada por la Real Academia Española y el Instituto Cervantes, con la publicación de una nueva y completa edición del ejemplar libro (1).

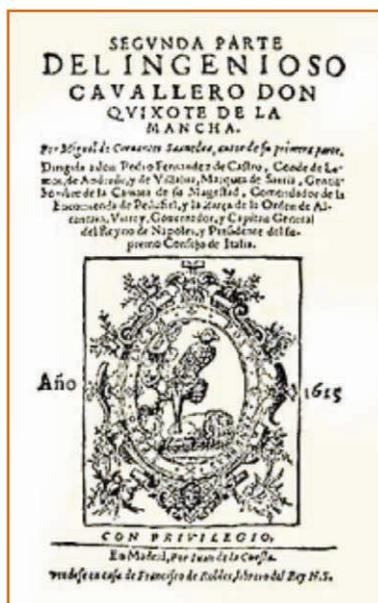
En él se combinan armónicamente contrapuestos elementos tomados de las novelas de caballería y de las novelas picarescas, aunque sin ser ni lo uno ni lo otro. Es más bien una narración épica, al estilo de las antiguas Canciones de Gesta, si bien narrada fuera de contexto. Don Quijote es un personaje anacrónico que debió nacer

(1) CERVANTES, Miguel de: *Don Quijote de la Mancha* (edición de Francisco RICO), Madrid, Biblioteca Clásica de la RAE, 2015

Fecha de recepción: 17-02-2016
Fecha de aceptación: 14-04-2016



siglos atrás, pues con su arrojo hubiera enardecido multitudes como lo logró Don Rodrigo Díaz de Vivar. Don Quijote en su interior es un verdadero caballero y en todo momento actúa como tal, pero vive en un mundo ilusorio que ha creado para sí mismo, sin tener en cuenta la realidad que lo rodea: la Castilla de comienzos del siglo XVII, desértica y empobrecida por las constantes guerras, pero todavía cabeza de un inmenso Imperio en el que no se pone el sol, aunque ya empiezan a aparecer los primeros nubarrones de su decadencia.



Se le ha tachado de ser el fustigador de los Libros de Caballería pues, en su «donoso e grande escrutinio de la librería», Cervantes condena al fuego a todos los Libros de Caballería, solo salvándose *El Palmerín de Oliva* (2), *la Historia del caballero Tirante el Blanco* (3) y *el*

(2) Novela caballerescas española, aparecida anónima en Salamanca en 1511. Tan grande fue su éxito que fue traducida al francés, inglés y alemán, surgiendo en estos países narraciones de palmerines, como el Palmerín de Inglaterra., en las que se ensalzaba a al Palmerín local, siempre hijos ilegítimos de princesas y caballeros que luchaban por ver reconocida su condición

(3) Novela caballerescas española escrita por Juan Martorell en el siglo XV, publicada en Valencia en 1490.



Amadis de Gaula (4), y quemando todos los demás. Pero, a pesar que el propio Cervantes insiste una y otra vez que lo único que pretende es una sátira contra los Libros de Caballerías y las fabulosas hazañas que narran, esto no es más que el armazón del que se valió Cervantes para criticar a la sociedad española y sus lacras, al igual que hacían las novelas picarescas. Pero al mismo tiempo rememora cuales fueron los verdaderos valores de la Caballería y lamenta su pérdida y desaparición, achacándolo entre otras causas a la mixtificación provocada por los Libros de Caballerías. Es por ello que comenzaremos nuestra exposición explicando que fue la Caballería y como sería adulterada por los Libros de Caballería. Analizaremos el revulsivo que supuso la llamada Novela Picaresca, narrativa genuinamente española, para terminar examinando diversos aspectos del libro de Cervantes, destacando sus coincidencias y divergencias con uno y otro género.

La Caballería surge espontáneamente en Europa a lo largo del siglo XI, como un cuerpo heterogéneo de guerreros que, ante la debilidad del gobierno ejercido por quienes constituían la cúpula de la sociedad feudal, reyes y príncipes, asumen de hecho el poder y control de la población campesina de cuyo trabajo y rentas viven, dedicándose únicamente al ejercicio de las armas. A finales de este siglo se va a producir lo que los historiadores modernos, como Georges Duby (5), Jean Flori (6), Leopold Genicot (7), y Jacques Le Goff (8),

(4) Es la más famosa Novela Caballescica española, muy popular a partir del siglo XIV en España, aunque sería Garcí Rodríguez de Montalvo quien la daría la redacción definitiva con que apareció impresa en el año 1508. Amadís es el prototipo de la perfección caballescica, que actúa en un mundo misterioso, alejado de la realidad, donde le protegen fuerzas sobrenaturales y le guía la sabiduría de la maga Ureganda. Que le consuela y le protege. El argumento es una serie de fieras batallas con monstruos y gigantes, combinadas con escenas de encantamientos y de magia. La novela respondía a los ideales caballescicos de su época (s. XIV y XV), con sus sueños de justicia y de gloria, por lo que disfrutó de gran popularidad y fue la lectura preferida de príncipes y nobles (Francisco I y Carlos V) entre ellos.

(5) DUBY, G: *La Société Chevaleresque*, Edit. Flammarion, París, 1988

(6) FLORI, JEAN: *Chevaliers et Chevalerie au Moyen Age*, Hachette Littératures, Paris 1998

(7) GENICOT, LEOPOLD: *El Espíritu de la Edad Media*, Barcelona 1963, Editorial Noguer

(8) GOFF, JACQUES LE: *Economy and Religion in the Middle Ages*, MIT P, London (G. B.) 1990



denominan la gran mutación que transformará a estos rudos guerreros, muchos de ellos procedentes de las capas inferiores de la sociedad medieval, en una nueva clase social emergente: la de los caballeros. Provista de una ética propia, centrada en la religiosidad y el patriotismo, inspiradores de un complejo código de valores que les llevará a convertirse en la elite de la aristocracia europea.



La causa no es otra que la decidida acción de la Iglesia por controlar los encarnizados enfrentamientos entre caballeros mediante las llamadas «*Paz de Dios*» y «*Treguas de Dios*», a iniciativa de los monjes cluniacenses. Su culminación se alcanzaría con el llamamiento pontificio, realizado por el Papa Urbano II, 18 de noviembre de 1098, en la sesión de clausura del Concilio reunido en Clermont-Ferrand. El Pontífice tras reprocharlos sus múltiples guerras internas y las violencias que cometían contra los campesinos, les incitó a sustituir estas indignas acciones por la defensa de la fe cristiana contra la agresividad del Islam, enrolándose en una peregrinación armada dirigida a rescatar el Santo Sepulcro. Proposición que sería acogida por la multitud de guerreros congregados al grito de «*Deus lo Volt*» (*Juslibol*), o ¡Dios lo quiere! Supuso una orden de movilización general para todos los guerreros de Europa, logrando que miles de ellos tomaran al Papa como su señor natural y se aprestaran a marchar a Palestina como auténticos cruzados de la Iglesia. Su



consecuencia inmediata fue la organización de una Peregrinación Armada a Tierra Santa (1095/1099), posteriormente llamada la Cruzada de los Caballeros, pues, a diferencia de las demás Cruzadas que la sucedieron, todas ellas organizadas por diversos monarcas, ésta estuvo formada solo Caballeros, miles de ellos que espontáneamente acudieron a la llamada del Papa Urbano II y que serían dirigidos por otros caballeros de gran prestigio, ya que ningún monarca iría a esta cruzada, enemistados como estaban en aquellas fechas con el Pontífice.

Fueron éstos los primeros peregrinos armados de la historia y durante cuatro años regarían con su sangre generosa las agrestes tierras de Palestina hasta merecer el 10 de julio del año 1099 recuperar Jerusalén para la Cristiandad. Tras finalizar la Cruzada muchos Caballeros permanecerían en Jerusalén y espontáneamente se unieron creando las grandes Ordenes de Caballería: Sepulcristas, Templarios, Hospitalarios, Lazaristas y Teutónicos, como milicia permanente que defendía los Santos Lugares. Su ejemplo sirvió de inspiración para muchos jóvenes que en todas las tierras europeas soñaban con cruzarse Caballeros para mejor servir a Dios y a su patria, embarcándose hacia Palestina para enrolarse en estas Órdenes.





La Caballería era entonces una institución abierta, pues para ingresar en ella no se precisaba otra cosa que tener la capacidad física y dotarse del equipo adecuado. Solo se exigía que se fuera un hombre libre, o no sujeto a servidumbre. Además, debemos tener en cuenta que, en aquellos tiempos, la Caballería se consideraba como una gran Orden universal sujeta a unas normas y reglas propias, basada especialmente en un ideal de servicio y un estricto código de valores. El cruzarse de Caballero tenía una significación ético-religiosa especial que lo colocaba en la misma línea que los votos eclesiásticos y suponía la consagración de la vida del caballero al servicio del más alto ideal que haber pueda. Los llamados Caballeros de Habito constituían el cenit del Universo caballeresco, pues al cruzarse en una Orden Militar se convertían en un Monje guerrero sublimando así su actividad bélica y considerando su pertenencia a la Orden como un lazo sagrado al que estaban sujetos por los cinco votos solemnes que realizaban al entrar en la Orden. Según Huizinga (9), las Órdenes de Caballería Cruzadas fueron el fruto de la unión del ideal monástico con el caballeresco. A los antiguos votos que compartían monjes y caballeros de hábito: *pobreza, obediencia y castidad*, se sumaban dos nuevos votos, desconocidos por los monjes, la «*Milicia*» y la «*Summa Perfectio*» (10). Fue la suprema perfección moral tan necesaria para los caballeros que, a diferencia de los monjes, no podían refugiarse en la tranquilidad del claustro sino que habían de ejercer su actividad diaria en medio del lujo y los placeres de la vida mundana; el noble arte de la Caballería se hallaba estrechamente relacionado con *el poder, la gloria y la riqueza*, lo que les procuraba un *Espíritu señorial*, al saberse los mejores y como tales ser honrados por encima de los demás hombres por Reyes y Grandes Señores, más sin caer en el pecado de orgullo que habían de superar gracias a la *Fraternidad de Armas*: el ejercicio de la caballería, a la vez que ennoblecía a los que la efectuaban, les equiparaba a todos ellos sin tener en cuenta su origen ni el poder que tuvieran, pues todos los caballeros, todos, tanto el más humilde

(9) HUIZINGA, JOHAN: *El Otoño de la Edad Media*, Alianza Editorial, Madrid 1978

(10) VALERO DE BERNABÉ, LUIS: *La Tradición Caballeresca*, Fabiola de Publicaciones Hispalenses, Sevilla 2012, p. 63



como el más poderoso, gozaban de unas mismas prerrogativas, ideal igualitario que coexistiría junto con el ideal nobiliario, aunque ambos subordinados siempre al compromiso de espiritualidad del Caballero profeso al servicio de una causa superior (11).

En una sociedad acendradamente militar y religiosa todos los que se consideraban así mismo como Caballeros se inspiraban en los Caballeros de Habito e intentaban imitarlos aun cuando no militaran en sus filas. Siguiendo su ejemplo surgen por todo el occidente cristiano multitud de Ordenes de Caballería, unas inspiradas directamente en las de Palestina, como es el caso de las españolas y portuguesas, y otras de carácter dinástico impulsadas por reyes y príncipes para ganar el apoyo de la levantisca nobleza. Y a la vez se publican y difunden libros en los que se enseña este ideal guerrero, como «*El Libro de la Orden de la Caballería*» del mallorquín Raimundo Lullio, o «*L'Ordre de Chevalerie*» de Godofredo de Charny, o «*Espejo de Verdadera Nobleza*» de Diego de Valera. En todos ellos se propugna la conversión de la milicia en una corporación de nobles caballeros, provista de una ética que le es propia e inspirada en un elevado ideal de servicio, que constituyen sus más preciadas cualidades (12).

La Caballería se convierte en una institución a la que se accede tras alcanzar los méritos y preparación necesarios para ello, mediante una especial ceremonia de investidura. Sin embargo, a finales del siglo XIII, coincidiendo con el fin de la epopeya de las Cruzadas, se producirá una nueva mutación que supondrá la finalización de la época heroica de la caballería y el comienzo de su mixtificación. A partir de entonces, el acceso a la Caballería se restringirá enormemente: solo se admitirá a los hombres de linaje o a aquellos que conseguían un privilegio real para armarse. Incluso muchos nobles desdeñan el correr con el considerable coste que suponía armarse caballero y sobre todo rechazan el arriesgarse a marchar a Tierra Santa a luchar contra los infieles. Será preciso amenazar de excomuniación a reyes y príncipes para que fuercen a sus caballeros a

(11) VALERO DE BERNABÉ, LUIS: «*L'Ideale della Cavalleria in Spagna e la sua ricezione nell'Ordine Equestre del Santo Sepolcro di Gerusalemme*», pp. 453 a 456. Ponencia presentada al «*Colloquio Internazionale Militia Sancti Sepulcri*», Ciudad del Vaticano, 1998.

(12) KEEN, MAURICE: «*La Caballería*», Editorial Ariel, Barcelona 1986, pp. 25-32



que les acompañen a una nueva cruzada. El ideal de ser o parecer un *Caballero profeso* va siendo substituido por el de ser un *Caballero galante*. Si bien en una primera época se considera que ambos siguen el mismo ideario, en la práctica los segundos rehúsan asumir riesgos innecesarios y convierten los torneos en una simple competición deportiva, realizada con armas trucadas a fin de evitar poner en riesgo a los participantes, y seguida de galanas fiestas y saraos. El amor místico que el caballero sentía por la religión se transformará en el amor cortés, sensual y apasionado que el caballero siente por su dama, lo que será cantado y ensalzado por los trovadores,

Este será el ocaso del espíritu de la Caballería, que desde un ideal de servicio se irá mundanizando hasta convertirse en un mito, triste remedo de lo que fue en sus inicios. A esta mixtificación contribuirían en gran parte los llamados *Libros de Caballería*, los cuales pronto alcanzarán una gran popularidad pues en ellos se trataba de demostrar que ya no era necesario desplazarse a Palestina para convertirse en un caballero cruzado, pues el Santo Grial se podía encontrar igualmente sin moverse de Europa; bastaba con que el nuevo caballero andante, llamado así por sus portentosas andanzas o aventuras, saliera por la mañana para regresar al hacer el sol y pernoctar en un cómodo lecho. Ya no era preciso embarcarse hacia Oriente y afrontar los riesgos que corrían los cruzados. Bastaba con penetrar en el mundo mágico, teñido de elementos místicos y esotéricos, que tan bien describían los Libros de Caballerías.





El precedente de este tipo de literatura fantástica se encuentra en el escritor francés Chrétien de Troyes (1130/1190), quien escribió a finales del siglo XII un largo poema en verso dedicado al *Caballero Parsifal*, a instancias del Conde de Flandes, cuya obra sería objeto de otras varias novelas, al que seguirá otro dedicado a *Lancelot* y los caballeros de una orden ficticia a la que denominó de la *Tabla Redonda*. Años más tarde se popularizaría también la novela denominada «*La Búsqueda del Santo Grial*», escrita por Robert de Boron a comienzos del siglo XIII, refiriéndose al cáliz utilizado por Jesús durante la Última Cena y que sería conservado por José de Arimatea que recogió en él la sangre de Jesús, vertida por la herida del centurión Longinos. Lo traería a Europa, siguiendo un mandato Divino, formando una comunidad cristiana, una especie de iglesia paralela a la que había organizado San Pedro, cuyos fieles se reúnen diariamente en torno a una mesa con el sagrado cáliz y en la que hay un sitio libre destinado al futuro defensor del grial. Estarán ocultos y protegidos todos ellos por las artes mágicas de Merlín, en espera de la llegada del caballero perfecto que se convierta en el elegido de Dios como sucesor de José de Arimatea (13).

Toda esta literatura fantástica se impondría entre la juventud guerrera europea y lograría que el gran ejemplo de los cruzados, que mantenía viva la presencia cristiana en Tierra Santa durante dos siglos, fuera olvidado por el Occidente europeo. A la figura del caballero cruzado sucederá el falso caballero andante ensalzado por los mitos artúricos. En ellos se realiza una falsa idealización de la vida guerrera, entremezclándose tanto personajes históricos, como Carlomagno y Godofredo de Bouillón, cuyas hazañas se magnifican y ensalzan, inventándolos incluso una fantástica infancia llena de hechos maravillosos, como se relata en *La Gran Conquista de Ultramar* y *El Caballero del Cisne* (14). A la vez se popularizan personajes ficticios surgidos de la imaginación de los poetas y trovadores que

(13) BAYARD, JEAN-PIERRE: «*Historia de las Leyendas*», pp. 80 a 84. Barcelona, Vergara Editorial, 1957

(14) Crónica novelada de la historia de las Cruzadas escrita a finales del s. XM, contiene un largo segmento que narra la leyenda del Caballero del Cisne, suministrando al lector la genealogía ficticia de Godofredo de Bouillon, héroe histórico de la primera Cruzada.



nunca tuvieron existencia real, como *Orlando* (15), *Zifar* (16), *Amadis*, *Palmerín*, *Lisuarte*, *Lancelot*, etc. En ellos los santos protectores, a los que se encomendaban los caballeros cruzados para que intercedieran por ellos ante Dios, serán substituidos por magos y hechiceras que protegerán y sanarán a los caballeros andantes a la vez que confundirán con sus encantamientos mágicos a sus enemigos.

El extraordinario éxito alcanzado por los *Romans* de Chretien de Troyes y sus continuadores, hicieron que otros muchos escritores durante los siglos XIII al XV los imitaran tejiendo fabulosas historias en las que el protagonista era un esforzado caballero que realizaba grandes hazañas para merecer el amor de su amada, enfrentándose a reyezuelos fabulosos, a los que ayudaban magos y gigantes, a todos los cuales vencía hasta obtener el éxito, acompañado de la fama ganada por el reconocimiento general, junto a una gran riqueza y el amor de su amada.

En los llamados *Libros de Caballería* su desarrollo narrativo imita la épica propia de las *Canciones de Gesta*, pero hinchándola desmesuradamente y rellenándola de elementos fantásticos. Éstas respondían a una mentalidad medieval en las que el héroe es un hombre esforzado que lucha por un ideal superior; en defensa de su patria o religión, moviéndose dentro de un escenario histórico y geográfico preciso y bien delimitado, mientras que en las novelas el protagonista es más pulido y cortesano. Emprende sus hazañas con una finalidad más particular e interesada, moviéndose en un escenario imaginario que le llevará a tierras extrañas en donde conocerá a seres fabulosos y logrará grandes tesoros. Se trata, pues, de una falsificación de las antiguas *Canciones de Gesta* y de su espíritu guerrero que es ahora transformado en un ideal puramente galante y cortesano. Este era el pretendido ideal caballeresco vigente en el siglo XVI del que se ha acusado a Cervantes de ser su fustigador y verdugo, pero si bien en el *Quijote* satiriza a los *Libros de Caballerías*, poca gloria tendría si fuera solo y exclusivamente

(15) *Orlando Furioso* es el poema de Ludovico Ariosto, publicado en Italia en 1516 narrando las guerra de Carlomagno contra los sarracenos, en el se combinan los elementos épicos del ciclo carolingio con los galantes de la novela caballeresca.

(16) *El Libro del Caballero Zifar*, Madrid, Editorial Castalia 1990



una sátira de dicha literatura fantástica, ya en franca decadencia pues estaban siendo desplazados por la novela bucólica y pastoril de moda entonces.



Tal vez la facilidad con que el Quijote hizo desaparecer toda esta balumba de personajes de ficción es buena prueba de que nunca gozaron de auténtico arraigo en España. Además a la decadencia de estos libros contribuyó una importante razón histórica: mientras en España se pudo realizar las hazañas portentosas descritas en ellos, los caballeros tuvieron actualidad. Las aventuras de los invencibles Amadis o Palmerín tenían un paralelo en las no menos prodigiosas de Pizarro o Hernán Cortés en el Nuevo Mundo o de los españoles en Italia. Cuando se extinguió esta sed insaciable de conquistas, aquellas narraciones fueron decayendo rápidamente, porque se consideraban ya como anacrónicas (17).

El triunfo de los Tercios del Gran Capitán va a suponer la supremacía de las armas de fuego, rechazadas como innobles en el famoso Discurso de las Armas y Las Letras de Don Quijote. Se produce

(17) DIEZ-ECHARRI, EMILIANO, y ROCA, JOSÉ MARÍA: *Historia de la Literatura Española e Iberoamericana*, Editorial Aguilar, Madrid, 1968, pp. 222-223



la disociación entre milicia y caballería. La Caballería como institución pierde su razón de ser desde el punto de vista militar (18), siendo substituida por los ejércitos permanentes, en los que priman la disciplina, el anonimato, el armamento y la logística. La Caballería se vuelve cortesana y queda reducida al pequeño grupo que forman los llamados Caballeros de Habito o pertenecientes a alguna Orden Militar. Incluso éstas perderán su autonomía y por la Bula «*Dum Intra*» del Papa Adriano VI en 1523 quedarán bajo la administración de La Corona. A partir de esta fecha las Órdenes de Caballería Hispánicas se aristocratizaron, perdiendo su antiguo carácter militar y religioso, relajándose la observancia de sus votos y convirtiéndose en una institución honorífica reservada a la nobleza de sangre. En el Imperio Español ya no habrá más caballeros reconocidos que los Caballeros de Habito, quienes se institucionalizan formando un cuerpo cerrado, celoso de su condición y actuando de crisol de la nobleza, protegido por especiales privilegios como el de gozar de un fuero propio. Se convierten en un escalón nobiliario situado entre la nobleza titulada y los simples Hijosdalgos, cuyo acceso está muy restringido y reservado a quienes gocen del favor real y además puedan demostrar la nobleza de sangre por sus cuatro costados, mientras los antiguos Caballeros populares, que tan importante función habían desempeñado en la guerra contra la morisca, y de los que procedían la mayoría de los pequeños hidalgos castellanos, desaparecen y pierden toda razón de ser. Sus armas y pertrechos quedan arrumbadas en trojes y desvanes, mientras sus caballos terminan dedicados a labores agrícolas. Los hidalgos campesinos, o «aquellos que dicen ser hidalgos» según los denominaba el Fiscal Real, están abocados a no moverse de su pueblo si quieren conservar alguno de sus antiguos privilegios. En cuanto salgan serán tachados de pecheros y habrán de pleitear para ganar una ejecutoria, lo que resulta muy caro para la mayoría de ellos y de resultado incierto. Los hidalgos se convierten en un tipo social empobrecido que apenas goza de

(18) La única institución caballescaca de carácter militar que sobreviviría hasta finales del siglo XVI fueron los Caballeros Requeridores de la Costa de Granada, encargados de su defensa frente a las incursiones sarracenas enlazando así las diversas torres atalayas construidas en la costa. Según la Real Provisión de Carlos V I de 30 de enero de 1551. Archivo de la Alhambra, Granada. Legajo 58



influencias entre sus convecinos, orgullosos de su condición de la que alardean vanidosamente mientras viven cada vez más modestamente y acaban por convertirse en una carga para el municipio, ya que no solo no pagan sus impuestos sino que su sola presencia grava fiscalmente a sus vecinos.

Miguel de Cervantes es uno más de esos muchos hidalgos castellanos que, a comienzos del siglo XVII, malviven en España. Era *Hijo de Rodrigo Cervantes de Saavedra e su mujer doña Leonor de Cortinas*, según se transcribe en su partida de bautismo fechada el 9 de octubre de 1547, en la parroquia de Santa María, de la ciudad de Alcalá de Henares. Cervantes alardea de su origen hidalgo, oriundo de un lugar de las montañas de León, según reconoce el mismo en el capítulo 39 de *Don Quijote*, zona en el que abundaban los hidalgos, aunque autores modernos tratan de remontar su ascendencia a la ilustre Casa Solar de Saavedra, en Otero del Rey (Galicia). Su padre era un modesto cirujano, pero logró confirmar su hidalguía en 1569, mediante la obtención de un expediente de limpieza de sangre e hidalguía (19).

Frente a este oscuro futuro se rebela Miguel de Cervantes, a través de la figura del protagonista de su genial novela. *Don Quijote* es también de sangre noble (20). Un humilde hidalgo campesino que valerosamente se convierte en un infractor; no dudando en abandonar su hogar para ser armado caballero. Los de su condición no deben hacerlo, si no quieren ser privados de su hidalguía, según exponíamos anteriormente. Además intenta ser armado caballero, cuando para ello se precisa del placet regio y realizar unas complicadas probanzas genealógicas para ingresar en una orden de caballería, en aquellos tiempos reservadas a la nobleza de más rancio abolengo.

Es en este panorama caballeresco cuando Cervantes publica su *Don Quijote*, cuya estructura narrativa recuerda la de las novelas caballerescas, pero en la que desde los primeros renglones se ve que

(19) PARADA, MANUEL: *Naturaleza de Miguel de Cervantes*, Madrid, Boletín RA-MHG, 2015

(20) RICO, ALONSO: *Ejecutoria de Hidalguía de Alonso Quijano*, Barcelona, Universidad Autónoma, 2015



difiere totalmente de ellas, recordándonos a la novela picaresca, en la que se narran las desventuras de los castellanos del Siglo de Oro. La novela picaresca es la antítesis de la novela caballeresca, pero antítesis en todos los órdenes: en lo social, en lo humano y hasta en lo geográfico (21).

a) En lo social: Todo lo que en las novelas caballerescas era ideal y de alto vuelo, se convierte en bajo y grosero en las picarescas. Las damas en ramerías, los caballeros en gañanes. Los castillos se substituyen por malas ventas y posadas. En realidad la novela picaresca es una novela de costumbres, en la que se hace una feroz crítica social.

b) En lo humano: El pícaro es siempre de humilde y miserable procedencia. Sus hazañas se limitan a como burlar el hambre de cada día. El pícaro es el antihéroe por excelencia, el perdedor nato. Todo lo que tiene de esforzado el caballero lo tiene de cobarde el pícaro. Se mueve por la pura conveniencia, incapaz de sentir ningún sentimiento amoroso o de amistad.

c) En lo geográfico: A la geografía fantástica de los libros de caballería, sucede la topografía exacta de la picaresca. El patio de monipodio en Sevilla, el Buscón en Segovia, Lázaro en el viejo molino del Tormes. Todos los escenarios están perfectamente delimitados

Veamos ahora y comparemos el Quijote con ambos tipos de novela, examinando sus diversos aspectos:

En primer lugar: el protagonista:

Amadís, Tirante, Palmerín... fueron todos ellos jóvenes e intrépidos, dotados de agilidad y una gran fuerza, mientras *Alonso Quijano* (al igual que Cervantes) ha cumplido ya los cincuenta años, en tiempos en la que la esperanza de vida no rebasaba los cuarenta, lo que le convierte en un venerable anciano. Su cuerpo es endeble y mal formado, cuando los héroes eran todos apuestos y de gran prestancia.

Todos los protagonistas ocultaban un aristocrático origen, a veces incluso son hijos de reyes y emperadores, truncado al nacer por haber sido raptados o separados de sus padres, pero que les permiti-

(21) RIQUER, MARTÍN DE: *Historia de la Literatura Española e Iberoamericana*, Editorial Aguilar, Madrid 1968. p. 223



rá recuperar su lugar en la sociedad gracias a sus hazañas. Don Quijote no es más que un pequeño hidalgo campesino al que amenaza la pobreza, como a Lázaro de Tormes o el Buscón. Sus orígenes son oscuros y solo la pasividad de sus convecinos le libra de ser tachado de pechero. Se trata de un hidalgo de gotera, como eran la mayoría de los hidalgos que vivían en las tierras castellanas, aquel que solo es hidalgo en su pueblo y es considerado como pechero en todos los demás y posiblemente descendiente de la antigua caballería popular castellana caída en desuso desde hacía ya más cien años. Sueña con alcanzar la gloria mediante las armas. Alonso Quijano, como antaño hacían nobles, príncipes y reyes era muy aficionado a la lectura de los libros de caballerías cuya lectura le entusiasmaba, habiendo llegado a reunir un gran número de ellos en su biblioteca y gastado sus menguadas rentas, aficionándose tanto a ellos que le llevaron a la locura. Es curioso ver como un pobre hidalgo de aldea llega a reunir una biblioteca especializada en temas caballerescos, haciendo honor así al sueño de los aristócratas ilustrados del Renacimiento.



Los protagonistas tiene todos sonoros nombres: *Amadís de Gaula*, *Palmerín de Oliva...*, por lo que Alonso Quijano muda su apellido a Quijote, en recuerdo del caballero Lanzarote, y antepone a su nombre el «Don», tratamiento al que probablemente no tenía nin-



gún derecho, convirtiéndose así en el único héroe literario español que usa este tratamiento para destacarse de sus humildes orígenes. Todos ellos, pese a su pobreza inicial, consiguen obtener buenas armas y caballo pues con ellas han de realizar sus hazañas. Don Quijote carece de protector y ha de proveerse por sí solo. Para ello reúne y adecenta las viejas armas que había en casa del tiempo de sus bisabuelos y que completa con endeble cartones e instrumentos de barberos, como el Yelmo de Mambrino. Toma un desvencijado rocín de su propiedad, remedo de los corceles de los paladines medievales y recuerdo del viejo compromiso del caballo de guerra que habían de mantener sus antepasados para escapar de la gleba. Al igual que los caballeros de ficción le da un nombre altisonante. Le llama Rocinante por considerarlo «alto, sonoro y significativo», aunque su variopinto atuendo le hace parecer más un pícaro que un caballero. El protagonista utilizará siempre un lenguaje arcaizante y en desuso, impropio de un campesino como él. Quizás como un remedo de las Novelas Pastoriles en las que los pastores y gañanes hablan como ilustrados cortesanos.

En realidad Alonso Quijano es un mixtificador, un hidalgo que sueña con ser caballero olvidando que vive en un mundo de antihéroes y de perdedores, como sucede con Guzmán de Alfarache y otros muchos de la novela picaresca española. Sordidez, pobreza, miseria le rodean por doquier y él no se esfuerza por alzarse contra ella y corregirla. Simplemente en sus sueños y elucubraciones las transforma y edulcora momentáneamente, convirtiendo a las mozas de taberna en nobles damas, a los gañanes en caballeros y a los venteros en nobles señores, pero cuando los abandona seguirán tan ruines y villanos como al principio. Los cautivos que rescata, como el joven pastor o los galeotes, es solo momentáneamente, pues al abandonar la escena seguirán tan presos como al principio. Don Quijote, como todo pícaro, es un perdedor. Su figura, atuendo y armas son tan grotescos que nos harán reír con solo verlas y justificaran sus múltiples fracasos, como algo ya entendido de antemano por el lector. El libro de Cervantes tiene todos los elementos de una novela picaresca, pero su lectura es un poderoso revulsivo de la realidad que parangonaba lo que para la divulgación de la caballería supuso en su día el *Libro del Caballero* de Raimundo Lullio.



Segundo: en el escenario de la acción



La acción de las novelas caballerescas transcurre en una época lejana o indeterminada y en un escenario exótico que lleva al protagonista a recorrer tierras extrañas, pobladas de seres fantásticos y a vivir en suntuosos palacios. Cervantes, como en las novelas picarescas nos sitúa en un anónimo pueblo de vida monótona y apacible, en el que jamás ocurre nada extraordinario. Don Quijote realiza sus salidas en una época y escenario real que era la Mancha castellana del siglo XVI, pobre y desértica, en la que solo hallará gañanes, tratantes de ganado, frailes, mercaderes, mendigos, bandoleros... No se alojará en palacios si no en humildes posadas. Don Quijote en su sublime locura creará estar rodeado de damas y princesas, señores y caballeros, y alojarse en castillos y palacios. A diferencia del pícaro siempre preocupado por su hambruna, Don Quijote como buen caballero sale siempre sin bolsa ni vituallas, por creer que al caballero andante se le tienen que abrir todas las puertas.

Tercero: la dama:

El pícaro es misógino y solo busca satisfacer su sensualidad con quien sea. Todo Caballero ha de tener una Dama, por lo que Don



Quijote busca alguna a la que entregarla su corazón, de acuerdo con las normas de la caballería galante, pero no será ninguna princesa como se acostumbraba si no otra campesina como él, Aldonza Lorenzo, de la que tiempo atrás posiblemente había estado enamorado en secreto y la pone el nombre de Doña Dulcinea del Toboso, transformando así a una humilde campesina en una nobilísima princesa. Es de destacar que a diferencia de sus héroes que al final siempre lograrán el amor de su dama, Don Quijote nunca verá a Dulcinea, e incluso ésta nunca aparecerá ni un solo instante en las páginas del libro. Una vez cuando Sancho es encargado de llevarla un mensaje de su amo, incapaz de encontrarla a la encumbrada dama cuyas dotes tantas veces ha ensalzado éste, no le llevará el mensaje e inventará una escena entre él y la dama para engañar a Don Quijote. Volverá a engañarle en la segunda parte del libro, haciéndole creer que Dulcinea es una zafia labradora que ha encontrado en el camino. Aldonza Lorenzo sufre pues dos desfiguraciones: la idealización de Don Quijote que cifra en ella todas las gracias y la convierte en el paradigma de la hermosura y la belleza, y el envilecimiento de Sancho que hace de ella un monstruo de fealdad y una hembra zafia y soez. Aldonza Lorenzo no era ni una cosa ni la otra sino una lozana campesina castellana.

Cuarto: el escudero

Todo caballero se hacía acompañar por uno o varios escuderos que le servían y a los que gradualmente iba formando con su ejemplo, si bien en los Libros de Caballerías la figura del escudero no existe o no tiene relevancia alguna, como no sea un pícaro sin escrúpulos, como Falsftar. En su siglo, a los sueños heroicos de los aprendices de caballeros han sucedido las canciones de los goliardos, groseros animadores de la cultura popular desde el siglo XII, cantores de la trilogía del vino, las mujeres y el juego. En el caso de Sancho, éste no será un mancebo que sueña con formarse en el noble arte de la caballería, sino un rústico gordo y vulgar, casado y de mediana edad, que como tantos otros campesinos solo trata huir del hambre, acompañando como escudero a su amo acuciado, por las vagas promesas de éste de conseguir ganancias y botines. Ambos compañeros en adelante marcharán siempre unidos, conversando entre ellos, y



gracias a sus sabrosos diálogos entraremos en el fondo del alma noble y heroica de don Quijote en contraste con la cazurrería y la picaresca de Sancho. Los sueños idealizados del caballero frente a la sensatez y tangible realidad del escudero. A lo largo de la novela se va produciendo una lenta y constante evolución en la personalidad de Sancho: su egoísmo inicial se va mudando en entrega al ideal caballeresco, conforme se va familiarizando con el fantástico mundo en el que vive su amo. A lo largo de la narración vamos viendo como a medida que va decayendo la fuerza de Don Quijote, se va incrementando la fe que en él tenía Sancho, su escudero. Cuando Don Quijote en su lecho de muerte recobra el juicio y reconoce el gran fracaso de su vida de caballero andante, su escudero Sancho Panza se esfuerza en animarle en que vuelva a sus andanzas. «*No se muera vuestra merced..., porque la mayor locura que pueda hacer un hombre en esta vida es dejarse morir sin más.... y el que es vencido hoy puede ser vencedor mañana*» (22). Sancho, el buen Sancho, inicialmente un rustico ambicioso va transformándose hasta convertirse en el complemento necesario a la figura de Don Quijote.



Quinto: los méritos

Los autores de los *Palmerines* y *Amadis* nos describen los méritos que permiten a sus personajes ingresar en la Caballería. Don Quijote es un infractor y se salta este trámite. A semejanza de lo que le

(22) 2ª Parte, Cap. LXXIV



hacen los héroes de estas novelas decide buscar quien le haga caballero andante y salir por el mundo a deshacer entuertos. Ya en el primer capítulo Cervantes hace que Don Quijote en una bufa ceremonia sea armado caballero, sin mérito alguno para ello más que las largas horas empleadas leyendo libros de Caballería. Alonso Quijano no es un pícaro que sueña con disfrazarse de caballero; una vez armado caballero se comportará como un valiente y esforzado paladín, cuyo valor y arrojo no desmerecerá nada frente al de los otros héroes. Toda la farsa es un verdadero escarnio de la sagrada ceremonia por la que se accedía al octavo sacramento, llamado la Caballería, y un quebrantar de cuantas normas jurídicas se establecían al efecto en el Código de las VII Partidas. Mas, también es cierto, que pocos caballeros habrán recibido su nombramiento con mayor unción y fervor heroico que lo hizo Don Quijote, pues saldrá presto a ayudar a pobres y desvalidos

Sexto: El triunfo

Todas las novelas de Caballería tienen un final feliz o glorioso, pues su protagonista tras pasar grandes calamidades alcanzará el poder y el favor de su dama, o al menos la gloria por sus hazañas. En el caso de Don Quijote es muy significativa la aventura de los molinos de viento a los que éste toma por gigantes arremetiendo contra ellos. Situémonos ahora en Cervantes. Hombre de ciudad, nacido en Alcalá de Henares en 1547, estudiante en Madrid y que con apenas veinte años marcha a Italia con el Cardenal Julio Acquaviva. Conoce el lujo y los palacios; tres años después se enrola en la armada y lucha en Lepanto, siendo herido y recibiendo cartas de recomendación para Felipe II del propio Don Juan de Austria. La tragedia le alcanza en el viaje de regreso; es apresado por los corsarios y permanecerá cinco largos años cautivo en Argel. Los papeles que traía y en los que se garantizaba su futuro serán su perdición, pues es tomado por persona de alcurnia y condenado a pagar un elevado rescate que su pobre familia no logra reunir, sino tras muchas penalidades y al trance de empeñarse de por vida. Llegado por fin a España en 1580 pide un empleo alegando sus méritos de guerra y las cartas de recomendación perdidas, pero su valedor Don Juan de Austria ha fallecido dos años antes y la petición de Cervantes es



desoída. Así como cuando solicita marchar al Nuevo Mundo, con el cargo de gobernador de Guatemala, rechazada con la lacónica respuesta: «*Busque acá*». Solo conseguirá que se le encargue de ir por las aldeas buscando trigo para la gran armada que se está preparando contra el inglés. De pueblo en pueblo recorrerá toda la Mancha peleando con los pequeños propietarios que rechazan vender su trigo al bajo precio marcado por el gobierno. Ha de requisarlo y ello le lleva a enfrentarse con la Iglesia, «Con la Iglesia hemos topado, Sancho» (23), despertando la ira de clérigos y obispos que lo excomulgan por requisarlos su trigo. Cervantes se convierte en el hombre más excomulgado de la Historia de España, pues cinco veces lo será y al final acabará con sus huesos en la cárcel, injustamente acusado de apropiación indebida.



En su errar por la estepa manchega en busca de grano para la Armada habrá de buscar los molinos, pues sabe que allí se guardan grandes cantidades de trigo. Los contempla movidos por el viento en plena actividad, no muertos y desangelados como los vemos ahora. Están en lo alto de una colina, con sus grandes aspas recubiertas de lona y girando al viento, entre crujidos de madera y cimbrear de

(23) 2º Parte, Cap. IX



las lonas. El anciano y desengañado Cervantes se sorprende por la primera impresión causada por estos molinos, es un hombre de ciudad y mar que no los conocía. El movimiento de sus aspas y bronco silbar de sus lonas al viento, posiblemente, le traerían el recuerdo de su juventud gloriosa, en que en un memorable día, en la más grande ocasión que conocieron los siglos, desde la cubierta de la galera capitana contempló admirado el mar de velas que formaba la flota otomana, sobrecogido por el estruendo del crujido del maderamen y de las velas. No es de extrañar que aprovechara este recuerdo para situar a su héroe atacando un mar de velas o gigantes. Sin embargo, al igual que la heroica acción de Lepanto se convertiría en una absurda tragedia, cuando la Invencible no encontró otros gigantes de velas contra los que luchar, sino un taimado enemigo que rehuía el combate y atraía los barcos españoles contra los escollos y bajíos. Pereciendo así la flor y nata de nuestra flota en 1586, barrida por las mareas de la desolada costa de Escocia, sin haber llegado a entrar en acción. Algo había cambiado en las tácticas marítimas que los almirantes españoles eran incapaces de comprender, incluso Felipe II exclamó «*No he enviado mi flota a combatir contra los elementos*», sin querer reconocer la pérdida de nuestra supremacía naval. Cervantes, años más tarde, al escribir el Quijote pondrá el dedo en la llaga al transformar los gigantes en simples y esquivos molinos contra los que nada vale el arrojo del caballero.

Don Quijote es un perdedor nato, como el Buscón o Lázaro de Tormes, todos se burlan de él y es molido a palos una y otra vez, hasta que derrotado regresa a su empobrecido hogar, pues todo lo pignoró en su alocado afán, para morir allí tras recobrar la razón y lamentar su locura caballeresca. Avellaneda, más malicioso, lo hace encerrar en un manicomio, mientras Cervantes se contenta con mandarlo a su casa, acabando así con la infracción cometida por el viejo hidalgo campesino. Los tiempos han cambiado tan deprisa que los españoles del siglo XVI aún no se daban cuenta que al Cid le había sucedido Don Quijote. Ambos iguales en fogosidad y valor, pero el escenario en que han de vivir ya no es el mismo. La época de los paladines y los castillos ha quedado atrás. Al clamor soberbio del noble medieval sucederá el patético alegato con el que Don Quijote trata de convencer al ventero de que es un ilustre caballero. Ahí



estriba la tragedia que en adelante habrán de vivir los españoles, no importa ya lo que se es sino lo que se aparenta ser, lo que los demás ven en nosotros. En una sociedad anquilosada como era la española de la época, todos tienen un lugar en donde estar: el rey en su corte, rodeado por la nobleza; el hidalgo encerrado en su aldea; y el pueblo trabajando los campos.



En realidad en Don Quijote Cervantes juega siempre con el equívoco, alternando realidad y ficción, lo que nos deja la duda de si es un loco que se mueve entre cuerdos o más bien se trata de un cuerdo que se finge loco, para conseguir que con su ejemplo los que se consideran a sí mismos cuerdos sanen de su locura. El propio Cervantes habla por boca del caballero y expone su concepción heroica de la vida, mientras que los que le rodean hablan por boca de Sancho. De ahí que el diálogo entre uno y otro se convierte en el de Cervantes y la sociedad española del siglo XVII, ambos antagónicos aunque al final de la obra triunfará el idealismo de Cervantes. Sancho el egoísta se convierte a sus ideas y haciéndolas suyas le ruega que *«no se muera vuesa merced que aún quedan muchas ínsulas que conquistar»*, tomando así el testigo que le transfiere Don Quijote.



Sin embargo, podrán derrotar al viejo y enloquecido Alonso Quijano, pero nunca vencerán a Don Quijote, pues cuando cae en la playa de Barcelona ante el Caballero de la Blanca Luna y éste pone la daga en el cuello del caído y le espeta que dese por muerto si no reconoce que Dulcinea es inferior en belleza y virtudes a su dama, Don Quijote, aunque molido y aturdido, responderá bravamente: «*Dulcinea del Toboso es la más hermosa mujer del mundo y yo el más desdichado caballero. No es bien que mi flaqueza defraude esta verdad, aprieta caballero la lanza y quítame la vida, pues me has arrebatado la honra*» (24).



En dichas palabras se condensa la grandeza de Cervantes, pues en la historia de Don Quijote se encuentran ocultas las claves necesarias, entendibles para todo el que esté espiritualmente preparado para realizar una inmersión en los ideales caballerescos. Al finalizar la lectura del libro nos ocurre como a Sancho: sin darnos cuenta

(24) 2ª Parte, Cap. LXIII



nos hemos ido introduciendo, comprendiendo cada vez más que para ser un buen caballero, no hace falta ser joven, ni poderoso, ni ensalzado por la sociedad. Que los caballeros no precisan ya de una brillante armadura, ni de un equipamiento bélico especial. Que para ser caballero basta con creer que se es y en consecuencia estar dispuesto a luchar, con los medios que tengamos a nuestro alcance, defendiendo nuestros ideales. Que hay que asumir que no vamos a enfrentarnos contra nobles enemigos o vencer a gigantes, ni vamos a recibir ínsula alguna en premio por nuestro esfuerzo. Como Don Quijote debemos estar dispuestos a combatir contra brutales gañanes, viles mercaderes, taimados venteros o burlones señores, pero sin consentir que la vulgaridad o vileza del adversario nos haga accionar como el, sino que siempre debemos actuar como si nuestra lucha fuera contra nobles adversarios o poderosos gigantes. Haciendo nuestro el consejo de Don Quijote a su escudero: «*Sábetete Sancho que no es un hombre más que otro, si no hace más que otro*» (25). Éste es el mensaje de esperanza que nos transmite Cervantes en su obra y nos incita a que nunca dejemos de combatir por una causa que creamos justa, aunque ya no tengamos espada ni brillante armadura. Si bien nobleza de sangre o hidalguía no goza ya de ningún privilegio o exención hoy en día, no por ello se ha perdido sino que se ha convertido en algo reservado a la intimidad de cada persona y transformado en una preciosa tradición de servicio al reino y a la religión, seguida por muchas familias e instituciones que se esfuerzan por conservarla, debatiéndose por sobrevivir en una sociedad hostil, debido a la maliciosa ignorancia de lo que muchos suponen nobleza, y mistificadora, por el afán de algunos que no lo son de hacerse pasar por nobles.

(25) 1º Parte, Cap. XVII

Elenco
de Grandezas y
Títulos Nobiliarios
Españoles
2016



REAL ASOCIACIÓN DE
HIDALGUÍA DE ESPAÑA

INSTITUTO
HIDALGUÍA
DE ESPAÑA

